



Concedenos a todos el DON de la PERCEVERANCIA

Roma 15 de junio de 2014.
Solemnidad de la Santísima Trinidad.
Querido hermano,
Jesús, María y José!

Que Dios Espíritu Santo nos una cada vez más con el Hijo al Padre!

Objetivo: Formación inicial y permanente

En la última circular de cuaresma he compartido con ustedes una parte del discurso que el Santo Padre ha dirigido a los Superiores Generales en el encuentro de noviembre del año pasado. Había dejado, a propósito, la parte sobre la formación inicial y permanente y la de la fidelidad vocacional para compartirla con ustedes en esta importante fiesta para nuestra familia religiosa.

Que la formación de los consagrados sea una exigencia, hoy más fuerte que nunca, no es una novedad para nadie y que en particular, para nuestra congregación es un asunto fundamental, también es verdad. Recuerdo que la pregunta número 5 del cuestionario de preparación al XIV Capítulo General *que cosa sugerirías para que nuestro carisma sea una verdadera prioridad de vida para todos nuestros hermanos y en cada comunidad?* Las respuestas fueron: 94 hermanos han propuesto como obligatorio para todos un curso de formación vocacional; 65 hermanos han propuesto un retiro mensual con el objetivo hacer reflexiones y actualizaciones de temas vocacionales. 63 hermanos han dicho que sería necesario profundizar los estudios teológicos sobre la vocación. Es verdad que estamos acostumbrados a entregar una montaña de propuestas a un capítulo general y a esperar otros seis años para volverlas a hacer y dar trabajo a las tipografías, pero cuando 222 religiosos indican que la formación es una condición para que el carisma sea más eficaz y vital, nos empuja a pensar en nuestras prioridades.

Creo que el periodo que estamos viviendo del año Justiniano es un tiempo de gracia en el cual no solo se están dando vida a varias iniciativas y manifestaciones. Pero, como decía en la carta de inauguración, es tiempo para profundizar el carisma del Padre Justino a partir de la experiencia de su ordenación sacerdotal. Se nos ofrece la posibilidad de reconocer con gratitud el don de la vocación consagrada Vocacionista a la cual Dios nos ha llamado y que con alegría hemos acogido. Este año Justiniano está casi llegando a su fin pero debe continuar siendo un tiempo de gracia para redescubrir y reavivar el don y el empeño de la fidelidad vocacional.

El don de nuestra vocación

Solo Dios es el creador de las almas, es el formador de los santos y el autor de las vocaciones (Op XXVI, 333)

La vocación no se elige, nos es dada; no podemos solo reconocerla y acogerla, si fuéramos nosotros a escogerla no sería una vocación sino un proyecto que podríamos siempre cambiar. Con la profesión religiosa, Dios confirma la alianza establecida con nosotros en el bautismo. Él nos consagra a vivir totalmente para Él en comunidades fraternas, imitando a Cristo pobre, casto y obediente al servicio de las vocaciones en el pueblo de Dios. Nosotros respondemos a su acción de consagración con la ofrenda de nosotros mismos. Ser fieles quiere decir renovar nuestra respuesta a

esta especial alianza de Dios con nosotros. Para el Padre Justino Dios no solamente se complace en nuestra respuesta a su iniciática de consagrarnos sino que en cierto modo se siente casi obligado a donar y a favorecer en nosotros siempre nuevas formas de unión con Él: *Si cada uno supiera como a cada consagración el Señor inspira empeños, precede y corresponde infaliblemente, por parte de Dios mismo, un nuevo modo de pertenecer al alma, de obrar en el alma efectos siempre mayores de gracia, cada uno haría suyas con mucha alegría todas las posibles consagraciones de los beatos y haría de su vida una síntesis de consagración.* (Op. IX, 222-223).

Es cierto que somos una congregación clerical pero sobre todo somos una congregación religiosa, es decir de consagrados, no de clericalistas (Const. 1). Es verdad que las parroquias son uno de nuestros campos de acción pero parece que últimamente nos estamos focalizando exclusivamente al apostolado parroquial, al mantenimiento de las obras y no miramos lo que está pasando en la vida de los hermanos y en ciertas situaciones que nos entristecen. El comportamiento de ciertos vocacionistas parroquialistas se está contagiando a los más jóvenes aquella falsa idea que estar en la Congregación es solo para asegurar la continuidad y mantenimiento de las parroquias, que parecen que fueran nuestro único campo de acción.

Creo que a partir de este año Justiniano debemos continuar o iniciar un proceso que busque reforzar la fidelidad de los hermanos tanto de aquellos que están en su periodo de formación inicial como de nosotros que estamos en formación permanente.

Si por un momento con la memoria nos devolvemos al día de nuestra primera profesión, la fórmula que hemos dicho nos compromete a ser fieles, pero la fidelidad no es de manera provisional. La fórmula de profesión resalta que se trata de una elección definitiva. En ella decimos: *ofrezco y consagro todo mi ser a ti solo, todo mi ser a ti para siempre.* Aun teniendo la intención de ofrecerse a Dios para siempre (para toda la vida), hacemos voto de castidad, pobreza y obediencia por un tiempo determinado. Creo que esto debe ser considerado por cada uno de nosotros: la primera profesión es ya perpetua en nuestro corazón. El Señor y la congregación se eligen una vez y basta. Esto debe ser considerado especialmente durante la formación inicial y no debe ser olvidado durante la formación permanente. Es necesario observar que la fidelidad vocacional contiene la posibilidad de la infidelidad en sus varias formas y que la falta de fidelidad no coincide con los defectos; también es útil recordar que favoreciendo estos procesos de fidelidad, se podrán superar las infidelidades tanto personales como comunitarias.

A veces nuestra respuesta puede ser incierta, débil, infiel, pero no por esto la alianza que Dios hace con nosotros se echa a perder. Él es fiel a sus profesas. La fidelidad de Dios se funda y objetiviza nuestra fidelidad.

Amor y fidelidad

Si nos persuadiéramos que cuando más nos entregamos al amor tanto más hemos hecho aquello que debemos hacer, habremos realizado un gran progreso, una gran conquista espiritual (Op. XXVI, 359)

La fidelidad a la vocación es un empeño de amor; es una elección libre que abraza toda la vida hasta el fin. El empeño “para siempre” es una exigencia del amor; muchas veces he escuchado decir la famosa frase de San Agustín que dice que “la medida del amor es amar sin medida”.

Era así el amor del Señor que “amando a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1). En las relaciones interpersonales, el amor es un empeño total e incondicional. Un amor parcial y provisional no es auténtico. Poner condiciones al amor, por ejemplo un límite de tiempo, vacía el amor de su significado. El amor necesita totalidad y definición. Esto vale aún más si tiene que ver con el amor por Dios, este es un amor radical, total, para siempre, perpetuo.

A veces podría surgir en nosotros un interrogante: es posible vivir la fidelidad hasta el fin? Si nos confiáramos solo de nuestras fuerzas, sería difícil responder, pero la fidelidad encuentra su sostenimiento en la fidelidad de Dios. Con su alianza, Dios se une a nosotros como un “partner” confiable. No se trata entonces de lo que dure nuestra fuerza sino cuánto dura la de Dios. Ella dura para siempre. La historia de la salvación es testigo de la fidelidad de Dios. Dios es siempre fiel. Esto nos da la confianza para que sepamos que no obstante nuestras debilidades, Dios ha iniciado su obra en nosotros y la llevará a feliz término; no permitirá que seamos probados por encima de nuestras fuerzas, nos basta su gracia (2 Cor. 12). No obstante nuestras debilidades, el permanece siempre fiel por que no puede contradecirse a si mismo. Sus dones son irrevocables. La fidelidad de Dios hace posible nuestra fidelidad. *El secreto de una perpetua y ascensional formación religiosa es la fidelidad, la generosidad, la docilidad, la obediencia, el amor a las santas inspiraciones, sea para la propia santificación o para la de los demás, no existiendo otro Espiritu vivificador que el consolador y Santificador (Op I, 340).*

Otra pregunta que nos podría inquietar: cómo podemos vivir fielmente hasta el fin? No podemos saber si nuestro empeño será definitivo; solo la fidelidad cotidiana es aquello que con la gracia de Dios podemos asegurar. Eh ahí por qué el Padre Justino nos invitaba aun desde el tiempo del noviciado a renovar cada día los santos votos después de la comunión. Eh ahí la fuerza de la oración por la santa perseverancia que encontramos cada mes en el devocionario que desafortunadamente parece que es uno de estos actos de devoción que estamos perdiendo sino es que ya lo hemos perdido. Cuando en la profesión religiosa decimos “para siempre”, no estamos anunciando que cosa sucederá sino que cosa queremos que suceda. Por eso es necesario asegurar una respuesta a Dios cada día.

Como ser fieles y perseverantes viviendo en un mundo en continua transformación y en el cual también nosotros cambiamos? La única respuesta es el vivir una fidelidad dinámica y creativa. No se trata de permanecer fieles, sino de convertirnos en fieles. Hacer la profesión religiosa es “como pintar un cuadro: se limitan los espacios de tal manera que delimitemos lo que queda dentro y lo que queda fuera; este espacio debe ser llenado por las decisiones futuras, las cuales serán calificadas como realizadas y auténticas, solo si serán en esta línea de este principio de libre elección”.

Es necesario afrontar las nuevas circunstancias, realizando elecciones coherentes con un gran empeño inicial. No serpa fácil; quizá caigamos en la infidelidad; podrán surgir dudas y pensar que nos hemos equivocado de camino, parecerá no comprender aquello que elegimos, no haber imaginado las dificultades. Nadie puede saber como será el futuro y entonces anticipar o prevenir los problemas; no se puede tener un conocimiento completo de una forma de vida antes de sumergirse en ella; nadie puede hacer una experiencia de las diferentes formas de vida y después elegir en la que se siente mejor. La vida es un continuo descubrir la elección que hemos hecho y hacer un renovado empeño por vivirla penamente.

En la época actual la fidelidad no es vista como valor; por lo tanto resulta difícil crearse una mentalidad a la fidelidad. La cultura post moderna mientras aprecia una serie de valores como por ejemplo la sinceridad de la persona y la autenticidad de las relaciones, no favorece lazos fuertes. Por otra parte, la fidelidad resulta débil aun en los modos de pensar y vivir la vocación cristiana y en particular la vocación a la vida consagrada. Aun cuando las situaciones presentan dificultad y amenazas, ocurrirá siempre buscar la manera de transformarlas en oportunidades y recursos.

Elección a un “Click” y mentalidad relativista

El acto fundamental, central y esencial de mi libertad de voluntad es hacer una elección: es la elección que puedo hacer cuando se trata de vivir, moverme y actuar entre todos los bienes creados y relativos. De frente al bien creado y absoluto, no puedo elegir, porque Él es uno solo (Op IV, 86).

En tiempos recientes, el desarrollo acelerado de la tecnología, el rol central de la actividad económica y el enorme impacto del “media” han contribuido a un notable cambio en la sociedad. Algunos aspectos de la cultura o de las propias culturas ponen desafíos a la fidelidad vocacional o la amenazan. Ocurre ser conscientes de esto para transformar tales desafíos en puntos de partida para la acción. En la sociedad consumista la persona experimenta la *dificultad de elegir*; frecuentemente direccionada a satisfacer aquello que es inmediato, hoy diremos a un “Click”; se acostumbra a una mentalidad “usa y bota”. También las convicciones, los valores y las relaciones son considerados mercancía para adquirir, usar y botar. Cada vez se hace más presente la cultura de la degradación, de lo que me gusta y me da satisfacción, si una elección no nos gusta o resulta difícil simplemente se cambia y ya. Se privilegia la realización exclusiva de las propias necesidades y deseos; se pierde estima por la fidelidad, la verdad, los afectos estables; se dejan de lado los empeños a largo plazo. Así la persona corre el riesgo de ser psicológicamente frágil e inmadura.

Además se respira una difundida mentalidad relativista. Se tienen una enorme cantidad de imágenes y opiniones. Faltan el tiempo y la capacidad para detenerse y reflexionar, se corre el riesgo de vivir informados de todas las novedades pero de vivir superficialmente. En la era virtual parece que el distante es más atractivo y así se corre el riesgo de alejar a los cercanos y de acercar a los lejanos. La búsqueda de la verdad no apasiona, porque tal empeño es fatigante y su éxito es incierto. No se puede distinguir entre aquello que es efímero y aquello que es duradero. Así todo se convierte en líquido. Vivimos la sociedad líquida. Viviendo en un continuo cambio, da miedo empeñarse. Es preferible empeñarse en lo puntual y vivir el presente. No se entiende por que legarse a elecciones tan definitivas desde la juventud, cuando no se tiene ninguna experiencia del futuro. Si por acaso, precedentemente hemos tenido empeños, se justifica el abandono de las elecciones hechas diciendo: “Yo veo las cosas hoy de manera diferente y mañana podré pensar aun en modo distinto”.

En este clima, entonces, las decisiones dependen frecuentemente de las propias opiniones inmediatas, emociones y deseos que de las motivaciones, convicciones y valores; nos dejamos arrastrar por el fácil entusiasmo y la espontaneidad. Una fuerte impresión puede a veces cambiar radicales e improvisados en la vida sin sopesar las consecuencias. Lo que es importante es superar la situación de malestar en la cual nos encontramos o alcanzar un bienestar esperado, aunque si no es garantizado. Disminuye en este modo la capacidad de espera, de renuncia y de sacrificio en vista de bienes más duraderos para el futuro.

Todo tiene que ser inmediatamente y se acaba cuando la emoción termina o no me gusta más; pero la cosa más grave es que exigimos también que los demás y las estructuras cambien solo porque me gusta o porque yo he cambiado o porque esta es mi necesidad. Se vuelve difícil aceptar la cruz de la cotidianidad, la responsabilidad por un encargo, la disciplina, la ascética, el autocontrol y entonces nos decaemos fácilmente de frente a la dificultad. Surge la pregunta ¿Cómo poder vivir fieles a la vocación consagrada en un tiempo de cambios radicales y de transformaciones rápidas?

Superficialidad espiritual, pérdida de la pasión apostólica, falta de fraternidad

El joven que se forma al apostolado debe entrenarse haciendo apostolado. No basta la formación intelectual, ocurre también formarse en la moral y la virtud, a la una y a la otra debe ser añadida también la formación práctica, apostólica, con el ejercicio al menos inicial de las varias obras que tendrá que asistir en el mañana (Op I, 286).

Existen también, además de aspectos culturales, motivos internos en la vida consagrada que la hacen débil. Esto pasa especialmente cuando se disminuye o se pierde el sentido de la identidad

religiosa y la identidad personal, que es llamada a vivir como memoria viviente del modo de vivir y actuar de Jesús en medio del pueblo de Dios. Si la vida consagrada no vive en modo profético la mística del primado de Dios al servicio de los más pobres, la fraternidad de la comunión no solo pierde la propia identidad sino que también pone en riesgo la fidelidad del consagrado. He individualizado tres motivos de este proceso: superficialidad en la vida espiritual, pérdida de la pasión apostólica, falta de fraternidad. En la vida consagrada se necesita una experiencia fuerte de fe y vida espiritual que envuelva toda la existencia, que le dé el primer lugar a Dios, haga experimentar el amor del Señor Jesús, llene el corazón de pasión apostólica. Cuando se vive con superficialidad en la vida espiritual o la experiencia espiritual resulta marginal o pierde su fuerza mística, los valores de la vida consagrada no son interiorizados en el corazón sobre todo en los afectos, en los sentimientos, convicciones e motivaciones. Así se pueden vivir en un modo más excelente la oración, la obediencia, la castidad y la pobreza y también la vida comunitaria. No existe una vida auténtica sino una observancia formal y he notado en algunos religiosos que desafortunadamente no ha quedado ni siquiera esta última. No se vive la radicalidad del evangelio. Progresivamente la vocación a la vida consagrada ha perdido sentido.

En consecuencia, con el tiempo, se ha perdido la pasión apostólica, se disuelve la capacidad de gratitud y generosidad, se siente el cansancio psicológico y espiritual. El trabajo por las vocaciones, la atención vocacional en los campos de acción o el hecho de vocacionizar todo apostolado cesa de ser una presencia animadora y evangelizadora; se desarrolla solo por deber o por que trae consigo un beneficio personal. Algunos hermanos, a causa de un redimensionamiento de las obras, de la vejez o de la escasez de vocaciones se encuentran cargados de excesivo trabajo y no siempre satisfactor; otros se desaniman por que no se sienten capaces o por que no ven resultados. Entonces no es difícil entender los motivos de una cierta frustración apostólica. Se acaba el dinamismo, la inventiva y la creatividad. Y cuando el empeño apostólico pierde el significado, nos interrogamos sobre el sentido de la propia vocación.

Si además se experimenta la falta de vida fraterna, la cosa se empeora por que comienza a reinar el individualismo. Esto porta al hermano a alejarse de la comunidad, a crear, seguir y cultivar sus propios proyectos personales destacados de la congregación y a veces traicionando el carisma; en una palabra, religiosos que formalmente pertenecen a la congregación pero tienen los intereses y el corazón en otros lugares, viven el propio mundo. Así se va degradando el espíritu de familia y el sentido de pertenencia a la congregación. Los encuentros comunitarios, cuando se hacen, resultan formales. Todos quisieran un contacto humano profundo pero parecen empleados de una empresa y no consagrados para una misión. Gradualmente estamos caminando hacia la mediocridad y al aburguesamiento: se evita la ascesis, se busca la vida fácil, se acumula dinero y se tienen cuentas personales, se busca lo último en tecnología (smarphone, Tablet, computador), carros siempre más costosos. Se pierde la confianza en el carisma. Faltando un ambiente vital en la comunidad, algunos inician a buscarlo fuera. La vida consagrada se convierte en un peso y la fidelidad comienza a dar problemas.

Hay otros factores que acentúan las dificultades. En tiempos pasados, la persona consagrada gozaba de prestigio; eso facilitaba la fidelidad, aun en los casos en los que el individuo se sentía frágil o menos seguro en la vocación. Hoy ca Iglesia aparece cada vez menos acreditada y la imagen de la persona consagrada se ha disminuido mucho. De tal manera que no queda espacio para el reconocimiento y muchas veces el consagrado es despreciado y se le mira con apatía. Además en las sociedades secularizadas, la religión tiende a ser apartada o vivida en la espera de lo privado. Superar este clima requiere mucho coraje y un nivel muy alto de madurez vocacional respecto a otros tiempos, pero desafortunadamente no todos aguantan.

Formacion a la perseverancia fiel

La perseverancia final es como el resultado de la perseverancia cotidiana, y la perseverancia general es la resultante de las perseverancias particulares (Op V, 199).

La vocación es un don inestimable pero también es un “tesoro en vasijas de barro”, ocurre por eso poner todo el empeño en reavivarla continuamente con la fidelidad. Justamente porque es expuesta a riesgos y a las amenazas de la mentalidad de los estilos de vida débiles, especialmente expuesta a nuestra fragilidad, la fidelidad es una realidad que hay que vivir cotidianamente. Ella se nutre con la vigilancia, la prudencia, la atención pero también tiene necesidad de ser cultivada y sostenida.

En el tiempo de la formación inicial

Nada es mejor para la formación espiritual que la experiencia personal de aquel que ha recibido mucho del Señor, siendo fiel a la gracia (Op VI, 41)

La experiencia actual nos enseña a dar importancia al mundo interior de la persona con sus afectos, emociones y sentimientos, pero también con sus comportamientos, motivaciones y convicciones. Ocurre por lo tanto, hacer un trabajo de personalización en todo el proceso formativo, partiendo por la formación inicial, que busque entrar en la profundidad de la persona. Eh ahí algunos aspectos de la experiencia de la formación inicial, que favorecen una vida fiel. Primero que todo, desde los primeros pasos de la formación, el procesos de madurez humana merece una gran atención. La baja autoestima, por ejemplo, hacer sentir a la persona incomprendida, poco apreciada y amada por los otros; cuando no recibe suficiente afecto y consideración, la persona comienza a vivir un periodo de dificultad y se cierra. Eso explica que se desaten algunos problemas con la castidad que después se sumergen en la infidelidad.

Es necesario, por lo tanto, que el formando mientras va descubriendo la presencia de Dios en la propia vida, ponga atención a lo que tiene dentro de si mismo, no ocultando problemas personales, recurriendo al acompañamiento espiritual y si es necesario al acompañamiento psicológico. La formación en estas etapas iniciales debe mirar a preparar a las personas con madurez psicológica y afectiva y una capacidad de vivir serenamente la castidad. Eso da fuerza a la fidelidad.

Justamente porque el amor ocupa un puesto central en la vida, la formación afectiva y a la castidad necesita una profunda vida espiritual, direccionada esencialmente a hacer enamorada de Jesús y junto a Él de Dios, de Maria, del Padre Justino. Sintiendo al Señor Resucitado como “amigo”, este gran amor vivo y personal por Él se convierte en el centro unificador de la vida del formando. Él asume gradualmente los sentimientos del Señor, descubre el sentido y la belleza del don de si mismo a Dios en la vida consagrada Vocacionista, prueba un fuerte sentido de pertenencia a la Iglesia y a la congregación, nutre su devoción al Padre Fundador y se entusiasma por la congregación. Es el amor el que hace crecer la fidelidad a la vocación. Por esta razón es necesario favorecer una gran CAMBIO EN LA PRAXIS FORMATIVA y ayudar al formando a asumir una vida de oración personal, iniciando desde la meditación cotidiana, de al menos media hora y preferiblemente en la forma de las tres vías o de la lectio divina, la visita y adoración eucarística, la confesión hasta la unión con Dios. También la devoción a encomendarse a la Madre de Dios es importante cultivarla. Todo esto tiene una fuerte connotación afectiva y es necesario cuidar de ello.

El Santo Padre es conocedor de que el tema de la formación hoy no es fácil de afrontar y pide un comportamiento distinto: *No se resuelven los problemas simplemente prohibiendo hacer esto o aquello. Es necesario que exista un dialogo. Es necesario un dialogo y un confronto. Para evitar los problemas en algunas casas de formación los jóvenes aprietan los dientes, tratan de no cometer errores evidentes, de estar dentro de las reglas y haciendo muchas risitas, esperando que un dia le digan: “Muy bien, haz terminado la formación.” Esta hipocresía es fruto del clericalismo, que es uno de los peores males. Yo lo resumo con un consejo que un día le di a un joven: “Si quieres seguir adelante piensa claramente y habla oscuramente”. Era una clara invitación a la hipocresía.*

Es necesario evitarla a todo costo. De hecho en Rio el Papa había identificado en el clericalismo unas de las causas de la “falta de madurez y libertad cristiana” del pueblo de Dios. Entonces “el seminario es necesario dividirlo en comunidades con formadores capaces de seguir de verdad a las personas. El dialogo debe ser serio, sin miedo, sincero. Es necesario comprender que el lenguaje de los jóvenes en formación, hoy es distinto del de aquellos que los han precedido. Vivimos un cambio de época” la formación es una obra enorme y artesanal no de policía. Debemos formar los corazones. De lo contrario formamos pequeños monstruos y después estos pequeños monstruos forman al pueblo de Dios. Esto me hace poner la piel de gallina”.

La formación inicial, que es el proceso de identificación con la vocación consagrada Vocacionista, busca formar discípulos y misioneros de Cristo, según el carisma del Padre Justino. Su centro espiritual es el empeño apostólico. El amor por el Señor se convierte en pasión apostólico que inspira y entusiasma al formando. Y esto sostiene su fidelidad.

El Papa ha insistido sobre el hecho de que la formación debe ser orientada no solamente al crecimiento personal, sino a la prospectiva final: el pueblo de Dios. *“formando las personas, es necesario pensar en los fieles a los que ellos serán enviados: es necesario pensar siempre en los fieles. Es necesario formar personas que sean testigos de la resurrección del Señor. El formador debe pensar que la persona en formación será llamada a curar el pueblo de Dios. Es necesario pensar siempre en el pueblo de Dios. Pensemos en aquellos religiosos que tienen el corazón acido como el vinagre: no han sido hechos para el pueblo. En fin, no debemos formar administradores ni gestores sino padres, hermanos, compañeros de camino.*

El Papa, en fin, ha querido subrayar un riesgo posterior: *“Si un joven que ha sido invitado a salir de un instituto religioso a causa de problemas de formación y por motivos serios, después lo aceptan en un seminario o viceversa, esto es un gran problema. No estoy hablando de personas que se reconocen pecadoras, pero no todos somos corruptos. Se acepten los pecadores pero no los corruptos”.*

El mismo amor motiva la formación intelectual. Lleno de pasión apostólica, el formando reconoce la necesidad de prepararse para el servicio pastoral. Él encuentra en la formación intelectual una base sólida para su vida espiritual; adquiere conocimiento y competencia para la misión, se forma en una mentalidad coherente. Al mismo tiempo valora los aspectos positivos de la modernidad y las post modernidad y se prepara para no perderse de frente a las tendencias relativistas de la cultura y a la desorientación moral. Por esto la formación intelectual debe ayudar al cambio de mentalidad y si quiere incidir en las convicciones y motivaciones del formando, debe asumir también una connotación afectiva.

Hoy somos más conscientes de la importancia de la formación inicial; por esto estamos tratando de invertir al máximo en la formación de los formandos y los formadores. Estamos realizando escuelas de formación, jornadas de estudio, pequeño noviciado, programas de preparación para los ordenandos y profesos perpetuos, la formación de los formadores; estamos dando pasos agigantados para mejorar los contenidos y las metodologías formativas, reformular la comunidad de formación, invitar a los hermanos elegidos para ser formadores a frecuentar los cursos de preparación. Mientras agradezco al consejero para la formación que está haciendo, lo invito a hacer mucho más.

Aunque es un hermoso tiempo, la formación inicial es consciente de que en la vida existen continuos e inesperados cambios, por lo tanto, la formación inicial se siente interpelada a desarrollar en el formando la capacidad de vivir la vocación con fidelidad creativa, o sea, a asumir una actitud de formación permanente. La formación inicial debe unirse con la permanente, creando en el sujeto la disponibilidad para dejarse formar cada día de la vida. Por esto es necesario que el formando fortalezca su capacidad de autoformación, atento a no alimentar el individualismo en los propios caminos formativos.

Durante el tiempo de la formación permanente

Es absolutamente necesario alcanzar y conservar un carácter de formación perpetua, aboliendo toda forma de estancamiento, sea en el espíritu que en las obras, sean en lo general como en lo particular, en todo (Op I, 339)

Un gran apoyo a la fidelidad vocacional es la formación permanente; ella ayuda a dar frente a los desafíos provenientes de la cultura que cambia y de la persona que cambia continuamente. En nuestra congregación, la formación permanente necesita ser curada con mucha atención.

En el mismo cuestionario en preparación al XIV capítulo general, los hermanos han pedido que se invierta con elementos formativos calificados la formación de los religiosos no solo en el itinerario inicial sino también en el permanente. Solo así se puede llegar a una cultura vocacional que nos haga más vocacionistas en la práctica.

Empeño personal

Cada consagración es un paso adelante y un empeño a perseverar en aquel paso (Op VI, 337)

La formación permanente es confiada en primer lugar a la responsabilidad personal. Ocurre un comportamiento y un empeño personal que crezcan en la propia vocación. Toda formación es, al fin de cuentas, autoformación. Nadie puede sustituirnos en la libertad responsable que tenemos como personas. Desafortunadamente sucede que especialmente en los primeros años del trabajo apostólico nos exponemos a peligros como la costumbre, el activismo y la desmotivación. Por lo tanto, es necesario un empeño personal que sepa utilizar todas las oportunidades que encontramos en nuestra vida para mantener vivo en nosotros el deseo de crecer y de ser fieles; la animación comunitaria, el clima de oración, la pasión apostólica, el estudio, las relaciones fraternas son todas situaciones que deben ser valoradas.

Uno de los medios más eficaces para custodiar la fidelidad vocacional es la vida espiritual. Nuestro corazón ha sido creado para amar y ser amado, abrazando la vida consagrada, hemos dado nuestro corazón al Señor y alimentamos la alegría de tener una vocación Vocacionista, pero cuando esta debilita la llama del amor parece que se apagara y nos exponemos a las tentaciones que amenazan la fidelidad.

Junto a la vida espiritual y como fruto de la misma, tenemos a la pasión apostólica. Se trata de un celo pastoral inspirado en el amor por el Señor y por el carisma del Padre Justino que nos hace buscar en todo la salvación de las almas y la gloria de Dios. La pasión apostólica tiene que hacer surgir lo mejor de nosotros mismos: el amor por las vocaciones y por el pueblo de Dios, la generosidad, la dedicación, la ascesis, autodisciplina, la identidad religiosa y sacerdotal. La pasión apostólica purifica nuestras motivaciones, nos preserva de la desmotivación en los momentos de dificultad; por el contrario nos llena de alegría y de satisfacción y refuerza nuestra vocación.

Aún con todo esto, una crisis vocacional es siempre posible: ella no llega improvisadamente sino que se desarrolla progresivamente; puede tener que ver con la vida de fe, el cansancio psicológico, la desilusión, la pérdida de motivaciones. Frecuentemente esta crisis tiene que ver con la afectividad y la castidad; se comienza cediendo en pequeñas cosas y gratificaciones que al inicio parecen lícitos o inocuos, pero que gradualmente se transforman en hábitos y comportamientos ambiguos hasta desembocar en una crisis vocacional. También en estos momentos es siempre posible volver hacia atrás, hacer una *metanoia* para recomenzar un camino de fidelidad. Estas situaciones no son irreversibles, es importante saber que somos frágiles pero jamás podremos presumir de nuestras fuerzas. Justamente por esto debemos ejercitar la prudencia, la vigilancia y tener autodisciplina y autocontrol. En este sentido es muy importante la sinceridad con nosotros mismos y con nuestros

directores espirituales. Es necesario tener el coraje de enfrentarnos a nosotros mismos honestamente delante de Dios, reconocer en nosotros sentimientos, comportamientos y actitudes que no son coherentes. Esto revela un gran sentido de responsabilidad para nuestra vida y nuestra vocación, y una gran seriedad en el querer vivir fieles a nuestro empeño.

Cuidados comunitarios

Para cada alma, pero especialmente para aquella que vive en comunidad, mucho más que el que no lo vive, es necesaria la plena caridad fraterna con toda su dulzura interna y externa. La debe practicar, irradiar, inculcar a los otros vocacionistas, sea para su propia edificación que para el apostolado (Op X, 203).

La comunidad es un gran apoyo para la fidelidad, estando cerca a los hermanos en sus situaciones concretas. La comunidad puede tener debilidades y límites, pero posee fuertes y marcados elementos de vitalidad que la convierten en un lugar privilegiado para afrontar los desafíos de la fragilidad vocacional de los formandos y a la de los hermanos de todas las edades.

Una realidad viva, vivaz y vital suscita interés, atrae, pero sobre todo, es fecunda, auténtica, fiel en su respuesta. La vida genera vida. De tal manera, entonces, para que la comunidad ayude al hermano a vivir creativamente la fidelidad, es necesario potencializar los elementos de vitalidad que ya ella contiene, es decir, la capacidad para ofrecer un testimonio profético, atraer vocaciones, reforzar el sentido de pertenencia, promover a los hermanos para que tengan tareas asignadas y que se establezcan formas de vida de mayor empeño, envolver a los laicos, a los jóvenes, hacer crecer la propia identidad en la Iglesia y en las zonas en las que servimos.

Entre sus elementos vitales, uno que aportan grandes recursos a la fidelidad es un estilo de vida y de trabajo. La alegría de estar juntos hace que cada uno se sienta amado, apreciado, valorado. Hay una enorme riqueza de relaciones para descubrir y recibir. El espíritu de familia crea una mentalidad de búsqueda común y de discernimiento. El clima de fe y de oración, refuerza las motivaciones interiores y dispone a vivir con radicalidad evangélica y dedicación apostólica. La buena programación del trabajo común evita el estrés y el cansancio. Y si alguno se encontrara en dificultad, el sentido de responsabilidad recíproca de los hermanos los hace estar atentos ante las primeras señales de su crisis, lo sostienen con su amistad, interés y comprensión. Lo estimulan con sus vidas ejemplares. Me pregunto ¿es tan difícil programar las actividades juntos? He visto con gran alegría que en algunas de nuestras comunidades los hermanos se encuentran al inicio de la semana para programar las actividades pastorales, compartir y distribuir las tareas. Así cada uno sabe lo del otro y todos se sostienen recíprocamente evitando así que reine el individualismo y el egoísmo. ¿Por qué no acoger este buen hábito? Créanme que esto evita el aislamiento, la indiferencia y en cerrarse a sí mismos. Yo también veo necesario esto con los consejeros generales y justamente por eso les he pedido a todos que a partir de septiembre próximo dejen sus cargas y vengan a Roma a vivir juntos.

Hay que resaltar también el empeño que la comunidad asume para ayudar a los hermanos a profundizar la identidad de la vida consagrada Vocacionista. La comunidad debe favorecer la actualización de nuestra vocacionista, la reflexión sobre las constituciones, el estudio de las actividades pastorales, la implementación de nuevos métodos en la pastoral parroquial, vocacional, juvenil, catequética y en la comunicación del carisma. Así los hermanos viven una profunda experiencia de reconocimiento a Dios por el don de la vocación, sienten la alegría de ser miembros de la congregación e hijos del Padre Justino, experimentan entusiasmo y empeño en la vocación.

A todo esto contribuye decididamente la manera de ejercitar el servicio de la autoridad en la comunidad. El superior se empeña en crear un clima de acogida y de respeto por cada hermano, de tal manera que se siente en “su casa”, mantiene un contacto cotidiano con cada uno actuando

siempre como un padre, un hermano y un amigo. Se debe preocupar por mantener a todos unidos en fraternidad y corresponsabilidad. Demuestra solicitud por quien sufre, por quien se siente solo, se encuentra marginado, tiene dificultades. Con el coloquio ayuda a los hermanos a vivir una afectividad madura, a asumir la responsabilidad por la propia formación, a encontrar alegría en las relaciones amistosas con el Señor, a hacer buen uso del tiempo y de los medios de comunicación social, a proteger la propia vida personal y a hacer frente a las dificultades de la acción apostólica. El superior no debe ser el manager ni el administrador o el todo poderoso de la comunidad y debe evitar todo “complejo mesiánico” haciendo de su persona el centro de todo. Por el contrario recuerde el superior que es el animador, el servidor, el padre de todos los que a él han sido confiados. Su actuar mira a asegurar un buen nivel de vida espiritual y pastoral en la comunidad, cuidado la vida de oración, la fraternidad y el apostolado.

Responsabilidad del gobierno general, provincial, delegaciones y misiones.

El trabajo de la santificación universal pide la colaboración de muchos, mejor dicho, de todos, para que todos correspondan al Divino amor creador, salvador y santificador (Op XXV, 55).

El padre general y su consejo, las provincias, delegaciones y misiones, juegan un papel muy importante en el favorecer la fidelidad de los hermanos por que infunde en los hermanos el sentido de pertenencia. La fraternidad se debe experimentar particularmente en ocasiones como profesiones, ordenaciones y aniversarios, eventos de congregación, cuidados en los casos de enfermedad, la cercanía en los momentos de pérdidas de familiares, son todas estas pruebas de afecto hacia los hermanos y crean vínculos que unen a unos con otros. Es importante que las relaciones entre hermanos con la autoridad sean serenas, los hermanos sean envueltos en procesos de discernimiento en vistas de importantes acontecimientos, se perciba una mentalidad y una cultura coherente con la identidad de nuestra vida consagrada.

Al mismo tiempo, la formación permanente es de gran ayuda para el crecimiento y la fidelidad de los hermanos. En un mundo que cambia rápidamente y donde las personas evolucionan con el paso de los años, la formación continua ayuda al religioso a integrar un crecimiento dinámico y una fidelidad en las circunstancias concretas de la existencia. Es importante por eso una animación en todos los niveles, con tareas que favorezcan el crecimiento y la renovación espiritual y pastoral de los hermanos. En particular, es necesaria una atención especial a los hermanos recién ordenados, no es siempre fácil el paso de una vida organizada y acompañada de la comunidad de formación a la inserción total en el trabajo pastoral. Esto exige una innovación en las maneras de insertarse en el trabajo apostólico. Por el momento he decidido que después de la consecución del título de teólogo, requerido para la ordenación, se hagan dos años de experiencia pastoral y después, en función de las necesidades y de acuerdo con el superior y el consejero para la formación naturalmente con el visto bueno del Padre General, se hagan estudios superiores de especialización.

Finalmente es relevante el modo en el que desarrolla la misión en el territorio diocesano. Esto ejerce una influencia notoria en la fidelidad de los hermanos. Por eso es menester que se dediquen a la animación vocacional, al cuidado del pueblo de Dios a nosotros confiado, a los jóvenes y especialmente a los más pobres, entregando los propios dones y las propias capacidades y teniendo la posibilidad de una presencia animadora entre estos sectores de la sociedad. Todo a nombre de la Iglesia y de la congregación y no a título privado. Es importante que puedan vivir y trabajar juntos en comunidad, numéricamente e cualitativamente consistentes, como hermanos consagrados plenamente a Dios y sostenidos por Él. Es importante que las fuerzas presentes en la comunidad sean adecuadas para cumplir un trabajo sereno y eficaz que de testimonio, atraiga vocaciones, envuelva a la gente. La misión juega un papel central en la vida de los hermanos y constituye un estímulo para su fidelidad vocacional. Si se quiere asegurar la fidelidad de los hermanos es necesario rediseñar nuestras presencias, con atención a los procesos personales, dimensionamiento

y recolocación. Esto mira no a continuar o a iniciar obras, por más importante que sea, sino a asegurar una mejor calidad pastoral de la presencia de los Vocacionistas en determinada diócesis para que se asegure la continuidad del carisma Vocacionista. Será justamente este uno de los argumentos que trataremos en la asamblea general con los provinciales, delegados y responsables de las misiones con el gobierno general del 10 al 19 de septiembre próximos en Pianura.

Quiero concluir esta carta dejándoles cuatro pistas para reflexionar

1. El hermano, sea en formación inicial o permanente, reflexione personalmente estos orientaciones, mire su propia vida actual, verificándola desde el punto de vista de la fidelidad vocacional, ponga en el propio proyecto de vida aquello que lo puede ayudar a mejorar.
2. La comunidad local tenga momentos de reflexión en los cuales mire su camino comunitario, su vitalidad, sobre cómo vive la vocación consagrada Vocacionista y sobre la ayuda que le ofrece a sus miembros para vivir en fidelidad.
3. La comunidad de formación se interroge sobre aquello que está haciendo para ayudar a los formandos a asumir una mentalidad de fidelidad vocacional y de formación permanente.
4. Las provincias, delegaciones y misiones, reflexionen sobre la forma de realizar y organizar la formación permanente y sobre los medios para favorecer la fidelidad vocacional. Busquen la manera de envolver a todos los hermanos, las comunidades locales y las comunidades de formación en este proceso de fidelidad.

Les recuerdo algunos acontecimientos próximos de congregación

2 Agosto , fiesta litúrgica del padre Fundador

Pianura la celebración eucarística a las 18:30, 8 de nuestros jóvenes en formación harán la profesión perpetua: Anselmus Meze Nai, Christian Suriano, Fabianus Hane Seran, Francisco Gatdula, Innocent Ofeimun Osaremen, Marselinus Abur, Rodolphe Mupa Mbuta, Vitalis Barik.

20 Septiembre: conclusión del año justiniano

Pianura a las 17:30 solemne celebración eucarística presidida por S. Em.za Cardenal JOÃO BRAZ DE AVIS *prefecto de la congregación para los Institutos de Vida Consagrada y sociedades de vida apostólica* y la participación de obispos de las diferentes diócesis en las que trabajamos y 12 de las cuales son las diócesis de origen de estos hermanos nuestros que serán ordenados sacerdotes EMILIANO PIRAN VARGAS (*Argentina*), EDUAR URREA (*Colombia*), FRANCOIS RASOANAIVO E GABRIEL FENO (*Madagascar*), GIUSEPPE SURACE (*Italia*), LUIGIMORRONE (*Gran Bretaña*), MAGNUS ONYEULOR E PAUL OLOGUN (*Nigeria*), OLIVER MANINGO (*Indonesia*), JOHN VILLARET (*Filipinas*), WILSON LIMA OLIVEIRA (*Brasil*) e VIPIN KOLLONNOOR (*India*).

Agradezco a los hermanos que viven en el exterior y que ya se están organizando para participar en esta gran celebración.

Los hermanos de Italia al servicio de las parroquias son invitados a organizarse para que busquen quien los reemplace para ese día y avisen previamente las curias diocesanas.

A la espera del maravilloso día del encuentro les deseo una feliz solemnidad de la Santísima Trinidad.

P. Antonio Rafael do Nascimento, sdv